

**alfredo ávila
clementina battcock
gabriela cano
elisa cárdenas ayala
luciano concheiro san vicente
veka duncan
rodrigo martínez baracs
erika pani
sebastián plá
ana sofía rodríguez everaert
rhina roux
mauricio tenorio trillo**

**ecos de
*historia, ¿para qué?***

Índice

Prefacio	9
Alfredo Ávila	
Historia para cuestionarnos, para confrontarnos	13
Alfredo Ávila	
La noción de historia en la historiografía novohispana de tradición indígena: apuntes y desafíos	39
Clementina Battcock	
¿Historia feminista? ¿De las mujeres? ¿De género? ¿De los feminismos?	59
Gabriela Cano	
Historia, ¿para quién?	79
Elisa Cárdenas Ayala	
Crisis e historia	103
Luciano Concheiro San Vicente y Ana Sofía Rodríguez Everaert	
Divulgar la historia. Una mirada desde la curaduría	125
Veka Duncan	

Historia, ¿para qué?	141
Cuarenta y cuatro años después Rodrigo Martínez Baracs	
Historia para mirar, historia para pensar	169
Erika Pani	
Enseñanza de la historia en la escuela, ¿para qué?	189
Sebastián Plá	
Subalternidad, historia y Estado	213
Rhina Roux	
De la útil inutilidad de la historia	237
Mauricio Tenorio Trillo	

Prefacio

Alfredo Ávila

Decir que todas las personas que han estudiado la carrera de historia en México durante las últimas cuatro décadas han leído *Historia, ¿para qué?* no es una afirmación tan temeraria como pudiera suponerse. Si no es así, la inmensa mayoría lo ha hecho, por no hablar de su presencia en otras carreras de ciencias sociales y en los estudios de bachillerato. Con toda certeza, esa obra seguirá contribuyendo a la formación de miles de estudiantes en el país. Por ello, el presente libro no la sustituirá ni pretende hacerlo; se propone solamente complementarla con una reflexión acerca de la importancia del oficio de historiar, elaborada por una generación distinta de colegas, historiadoras e historiadores del siglo XXI.

No haré el relato sobre el devenir de *Historia, ¿para qué?*, pues Rodrigo Martínez Baracs se ha encargado de eso en su contribución para este libro. En 1980 todos los colaboradores fueron hombres, y sin embargo también es verdad que tanto la reunión que le dio origen como el mismo libro tuvieron el impulso decisivo de la directora del Archivo General de la Nación, Alejandra Moreno Toscano, autora de la “advertencia” en aquel volumen. Los capítulos que integran esta obra, en cambio, han sido hechos por siete mujeres y cinco hombres. Con seguridad, habrá quien considere que no es un asunto importante, aunque muchas personas se congratularán del reconocimiento que se hace de la gran presencia de mujeres en las instituciones de investigación y docencia superior. Hay otra virtud debida a la presencia femenina en este libro: la pluralidad. Si bien es cierto que los estudios de género y la historia de las mujeres no son campos reservados para las historiadoras, fueron ellas las que

los abrieron. La historia feminista, de género, de mujeres, no cuenta un relato dirigido sólo a especialistas, sino que resulta en un saber imprescindible para explicar el pasado y presente humano, como bien ha notado Gabriela Cano en su capítulo.

La diversidad enriquece. Poner atención a las tradiciones indígenas en la historiografía novohispana, como hace Clementina Battcock, contribuye a cuestionar el relato único que habíamos heredado. Erika Pani y Rhina Roux, con perspectivas muy diferentes, cuestionan también las narrativas hegemónicas de la historia política al incluir a grupos subalternos en los procesos de construcción estatal, pero también a sectores que no solían tenerse en cuenta.

En mi capítulo me refiero a las diversas formas de relatar el pasado y el papel que la historiografía profesional tiene en ese panorama. Esta multiplicación de narrativas difumina nuestros vínculos con el pasado, como bien afirman Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez Everaert. La escritura profesional de la historia es, entre todos los relatos del pasado, la única que puede analizar su propia producción desde la perspectiva del lugar y el sujeto que los produce, como señala Elisa Cárdenas. Es Clío mirándose al espejo, para usar la metáfora de Mauricio Tenorio Trillo.

Reconocer que no hay una verdad sobre el pasado no implica que cualquier versión, por más fraudulenta que sea, pueda ser aceptable. Veka Duncan muestra cómo el relato sobre el pasado elaborado desde la profesión contribuye al pensamiento crítico. Este aspecto es relevante también en la enseñanza de la historia, analizada por Sebastián Plá; de ahí que él proponga incluir en los planes de estudio las historias de los pueblos indígenas, los movimientos feministas, las desigualdades. La enseñanza de la historia permitiría desterrar prejuicios y formar, quizá, una sociedad más tolerante.

La lectura de los capítulos que integran este libro, presentados en estricto orden alfabético de apellidos, mostrará que algunas conclusiones se parecen a las que ofrecía el de 1980, pero las comprendemos de una manera diferente. Ésa era la intención de Enrique Florescano cuando, hace ya varios años, señalaba la ne-

cesidad de una nueva versión de *Historia, ¿para qué?* Numerosos contratiempos la retrasaron. Fue la diligencia de Tomás Granados Salinas la que la llevó a buen término. Paola Morán, al frente de Siglo XXI México, le ha dado el impulso final. Por desgracia, Enrique Florescano murió en 2023. Ya no pudo ver estos ensayos hechos por la “nueva generación” como solía referirse a la de la mayoría de quienes participamos en este libro, aunque el adjetivo no sea el adecuado. En el futuro, otras nuevas generaciones tomarán la batuta para exponer sus reflexiones sobre el oficio. Ojalá que no se tarden tantas décadas como ha sucedido ahora. Espero que integren un grupo todavía más plural, con mayor presencia de colegas que trabajen fuera de la Ciudad de México. Mientras tanto, espero que este libro complemente a su ilustre predecesor y se sume a la lectura de miles de jóvenes que se preguntan ¿para qué la historia?

Historia para cuestionarnos, para confrontarnos



Alfredo Ávila

Contamos historias. Es algo que hacen todas las personas, grandes y chicas, por escrito o charlando. Cuando los señores chismorrear tras salir del trabajo están contando historias. Las mujeres cuentan con orgullo lo que hacen sus hijas y con preocupación lo que oyeron en el noticiero de la mañana. Repetimos las historias que escuchamos y, reconozcámoslo, casi siempre las cambiamos un poco.

Nos gusta narrar historias y escucharlas. Construimos nuestra identidad a partir de lo vivido y de cómo lo contamos. Cada conversación que tenemos es un relato que acomoda y da sentido a nuestros recuerdos. Hacemos pequeñas historias propias para que otras personas nos conozcan. Ponemos más atención a los aspectos atractivos de nuestro pasado, en tanto que omitimos o minimizamos aquellos que nos harían quedar mal. Presentamos nuestra historia de formas distintas hasta hallar una preferida que luego referimos constantemente. Olvidamos lo que no incluimos en este relato recurrente. Lo repetimos tanto que terminamos creyéndolo.

Contamos historias porque nos gusta y porque necesitamos recordar lo que nos ha hecho daño, para evitarlo en el futuro. Los seres humanos tenemos muchas deficiencias como especie. Superar los primeros años de vida depende casi por completo de la comunidad en la que vivimos. Tenemos algunos instintos, pero no los suficientes. Para sobrevivir recurrimos a la experiencia propia y ajena. La antropóloga evolucionista Michelle Scalise Sugiyama ha mostrado, desde la neurociencia, que esas experiencias se aprenden mejor cuando son relatadas. Las his-

torias producen más empatía que la información, por más clara que sea.

Somos seres sociales. Nacemos en un medio social. No elegimos ni la lengua materna ni la comunidad en la que crecimos. Nuestra circunstancia depende de lo que otras personas han hecho, tanto en el pasado inmediato como en el más remoto. Nuestros actos son producto de nuestro arbitrio en diferente medida, pero nunca del todo. La voluntad depende de las condiciones socioeconómicas en las que estamos y de la cultura preexistente, es decir, de las formas prácticas y simbólicas con las que articulamos nuestras relaciones, negociamos nuestras demandas y nos expresamos. Por supuesto, podemos modificar esas condiciones, pues el pasado no es condena.

Resulta evidente la importancia de conocer cómo se formaron las circunstancias que nos constriñen, en las que actuamos y que podemos cambiar. Por eso nos contamos historias, para saber, aprender y tomar decisiones.

Así como elaboramos relatos personales, también escuchamos y hacemos historias de la gente que nos rodea. Escuchamos los consejos de nuestro padre, nacidos de su experiencia y de lo que otras personas le han contado. Escuchamos al abuelo relatar cómo se enamoró y a nuestra madre acerca de cómo le hizo para criar al tiempo que trabajaba. Sabemos que nuestra familia tuvo malas experiencias en el pasado con alguna empresa, con algún pariente lejano que sólo causaba problemas.

Esos relatos de todos los días van formando nuestro propio carácter y dan cohesión a nuestro grupo familiar, pero también a los otros grupos de los que formamos parte: el colegio al que asistimos, el barrio en el que crecimos, nuestra comunidad, la gente que trabaja en el mismo sitio, la que va al estadio a apoyar al equipo que nos gusta, o la que tiene una preferencia sexual semejante a la nuestra y con la que nos identificamos. Lo mismo pasa con la historia del país en el que vivimos.

En las siguientes páginas abordaré las diversas formas que tenemos para contarnos historias, para construir identidades. Empezaré por la historia nacional, pero también por las narraciones sobre el pasado que se oponen al relato único. Incluiré

una reflexión acerca de por qué es importante que, entre la diversidad de relatos, haya personas que se dediquen a estudiar la historia profesionalmente.

*

Relacionamos la palabra “historia” con la historia nacional. La “historia mundial” nos remite a la de los países poderosos del planeta, en especial los del oeste de Europa. Esto se debe a que desde hace un par de siglos los Estados han impulsado el relato del pasado con ese objetivo, para que creamos que la historia es eso: la de los países.

La mayoría de los Estados del mundo gobierna sobre comunidades diferentes, clases sociales con intereses distintos y hasta opuestos, creencias religiosas diversas, incluso cuando hay una Iglesia única. Por eso, desde la escuela básica los planes de estudio incluyen asignaturas de historia nacional y del mundo. El objetivo es enseñar a la niñez que tiene un pasado común con el de la población de todo el país, sin importar las diferencias, y que es distinta a la de otros países, aunque se parezca mucho.

La historia nacional se encuentra por todos lados: en las calles que llevan nombre de señores (rara vez de señoras), en los monumentos que adornan parques y glorietas, en los discursos políticos. La historia patria pretende hacernos creer que somos parte de una nación, es decir, de una comunidad con un pasado compartido y una identidad única.

Por supuesto, en casi ningún país hay ese pasado común. En las regiones fronterizas, por ejemplo, la gente suele parecerse mucho a la que vive del otro lado de la línea que separa dos naciones. En ocasiones, comparte vínculos lingüísticos y familiares. Un buen porcentaje de la población maya del Soconusco, en el estado mexicano de Chiapas, habla mam, lo mismo que mucha gente del departamento de San Marcos, en Guatemala. Tienen un pasado compartido, relaciones de parentesco y problemas semejantes, pero su ciudadanía es distinta. La de un lado es guatemalteca. Se le ha enseñado que México despojó a su país de un enorme territorio en una ocupación militar injusta en 1842.